Jesús purifica el templo

El Evangelio de Juan (2,13-25) nos narra un episodio en el que Jesús sube a Jerusalén para celebrar la Pascua y se encuentra con que el templo se ha convertido en un mercado. Con autoridad y celo, expulsa a los vendedores y cambistas, y les dice: “Quitad esto de aquí; no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre”. Jesús muestra así su amor y respeto por el templo, que es el lugar de la presencia de Dios y de la oración.

Jesús anuncia su resurrección

Los judíos le piden una señal que justifique su acción, y Jesús les responde: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”. Los judíos no entienden que Jesús se refiere al templo de su cuerpo, que será entregado en la cruz y resucitado al tercer día. Jesús anticipa así el misterio de su muerte y resurrección, que es el fundamento de nuestra fe y de nuestra esperanza.

Jesús conoce el corazón humano

El Evangelio nos dice que muchos creyeron en Jesús al ver los signos que hacía, pero que él no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y sabía lo que hay dentro de cada hombre. Jesús conoce nuestra fragilidad, nuestra debilidad, nuestra necesidad de conversión. Él nos ama tal como somos, pero nos invita a seguirlo, a cambiar de vida, a purificar nuestro corazón.

La Cuaresma, tiempo de gracia

La Cuaresma es el tiempo litúrgico que nos prepara para celebrar la Pascua, la victoria de Jesús sobre el pecado y la muerte. Es un tiempo de gracia, de conversión, de renovación. Es una oportunidad para acercarnos más a Dios, para escuchar su palabra, para orar, para ayunar, para hacer obras de caridad. Es un tiempo para dejar que Jesús purifique nuestro templo interior, para que él habite en nosotros y nosotros en él.

La Iglesia, comunidad de creyentes

La Iglesia es el pueblo de Dios, la familia de los hijos de Dios, la comunidad de los creyentes. La Iglesia es el cuerpo de Cristo, y cada uno de nosotros somos sus miembros. La Iglesia es el templo del Espíritu Santo, que nos da la vida y nos guía. La Iglesia es nuestra madre, que nos acoge, nos educa, nos alimenta, nos acompaña. La Iglesia es nuestra casa, donde nos sentimos en familia, donde compartimos la fe, la esperanza y el amor.

La Eucaristía, fuente y cima de la vida cristiana

La Eucaristía es el sacramento por excelencia, el memorial de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, el banquete de comunión con Dios y con los hermanos. La Eucaristía es la fuente y la cima de la vida cristiana, el centro y la meta de la Iglesia. La Eucaristía es el alimento que nos fortalece, el remedio que nos sana, el tesoro que nos enriquece, el regalo que nos alegra. La Eucaristía es el signo más grande del amor de Dios por nosotros, que nos dice: “Este es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; esta es mi sangre, que se derrama por vosotros”.

Dejemos que Jesús nos llene de su presencia

En este tiempo de Cuaresma, demos gracias a Dios por su Iglesia, por poder participar de la Eucaristía y por sentirnos amados por él. Reconozcamos que el templo de Dios somos nosotros, y dejemos que Jesús lo purifique y lo llene de su presencia. Abramos nuestro corazón a su palabra, a su gracia, a su voluntad. Sigamos sus pasos, imitemos su ejemplo, compartamos su misión. Así podremos celebrar con alegría la Pascua, la fiesta de la vida nueva, la fiesta del amor sin fin.

¿Cómo puedo vivir hoy de modo práctico la noción de que yo también soy templo de Dios?

Una posible forma de vivir de modo práctico hoy la noción de que yo también soy templo de Dios es cuidar de mi cuerpo, de mi mente y de mi espíritu:

- **Cuidar de mi cuerpo:** alimentarme bien, hacer ejercicio, descansar, evitar el consumo de sustancias nocivas, respetar mi sexualidad, vestirme con dignidad, etc.
- **Cuidar de mi mente:** leer, estudiar, aprender, reflexionar, ser creativo, ser positivo, evitar lo que me lleve al estrés, la ansiedad, la depresión, etc.
- **Cuidar de mi espíritu:** orar, participar de los sacramentos, leer la Biblia, practicar las virtudes, hacer obras de misericordia, perdonar, pedir perdón, agradecer, amar, etc.

Lo importante es ser consciente de que Dios habita en mí y me ama, y que yo puedo responder a ese amor con mi vida.